

## Discurso en la calle de la Barraca

17 de mayo de 1921

Queridos amigos:

No será para vosotros algo nuevo si digo que al venir aquí me encuentro como en el seno de mi familia. ¿Quién que sea habitante de los Poblados Marítimos no me conoce y no conoce mi amor por todos ellos?

Yo soy valenciano, nacido en la ciudad, pero la mayor parte de mi vida la pasé con vosotros, junto a este bello mar Mediterráneo. Es más; la única casa que poseo en el mundo, la casa que yo construí, está aquí, en la Malvarrosa.

A estos poblados he venido siempre; muchas veces vine para tomar parte en actos a favor de mis ideales políticos. Hoy vengo, como artista, como un productor literario que puso su pluma al servicio de ideales generosos, de espiritual vaguedad, y también al servicio de ideales concretos al describir esta tierra valenciana que es la más hermosa de cuantas existen en el mundo.

Es tan hermosa, tan avasalladora y atractiva que llega a ser un peligro para el alma de los artistas valencianos.

Cuando oía los versos inmortales de Teodoro Llorente, recordaba su gran amor a Valencia; la amaba tanto ó más que yo; la amó tanto que no quiso nunca salir de aquí, contentándose con la gloria humilde de su Valencia quien hubiera podido llegar a conquistar la gloria en todo el mundo si hubiese salido de aquí.

Yo recuerdo que cuando el venerable patriarca de las letras valencianas era diputado monárquico, yo era diputado republicano, y cuando estábamos en Madrid, por las tardes, huyendo del salón de sesiones, me buscaba y me decía en valenciano: «¿Qué fem así? Así s'aburrím. Torném a Valensia, a vore aquella placha y aquell sól».

Y Llorente, anciano lleno de prudencia, y yo, joven lleno de ímpetus, sentíamos los mismos deseos de volver a este país de luz y de poesía para vivir plenamente la vida valenciana.

Porque Valencia es para los artistas que aquí nacimos como las sirenas que Homero nos dice en su *Ilíada*: con sus cánticos llenaban de ilusión el alma de los marinos que surcaban los mares y enamorados de aquellos dulces cantos interrumpían sus viajes.

Así, Llorente, que era un poeta inmenso, se quedó aquí para siempre, atraído por las bellezas de esta tierra incomparable.

Y yo también me hubiera quedado aquí si los azares de la vida no me hubieran arrancado con su rudo tirón de los encantos de esas sirenas.

He vivido fuera de esta tierra, pero sintiendo siempre su nostalgia; recordándola siempre; y cuando yo viajaba por lejanas tierras cubiertas de nieve; por otras en que florece el naranjo o eleva la palmera el verde surtidor de sus palmas, pensaba yo con angustia que si moría allí, me enterrarían en aquella tierra lejana.

Si me enterrasen en un país lejano, moriría para siempre, pensaba, y yo quiero que me traigan aquí, junto al Mediterráneo, y así no moriré nunca porque mi cuerpo vendrá a confundirse con esta tierra de Valencia que inspiró mis obras más amadas.

Los que nos encontramos en edad madura, en «la mitad del camino de la vida», como cantó el Dante, hacemos examen de nuestra vida pasada y volvemos la vista atrás. ¿Qué hemos hecho? Sentimos la duda de no haber hecho todo lo que debimos hacer; no haber aportado al tesoro patrio todo aquello que debimos aportar.

Cuando yo examino mi pasado, lo que he hecho y lo que tengo por hacer, siento una gran duda, pero en ella hay un consuelo: el haber aportado mi obra a la difusión de Valencia en todo el mundo.

Cuando yo paseaba por las calles de las ciudades de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia, veía en los escaparates de las librerías las traducciones de *La barraca*, *Flor de mayo* y *Cañas y barro*, esas novelas que yo escribí para vosotros, como cosa íntima y familiar, y que han sido traducidas a los primeros idiomas del mundo. Y ante ellos pensaba yo: para un chico que ha nacido en la calle de la Jabonería Nueva y que es valenciano, no ha estado mal la vida.

Tengo un contrato con un editor de Nueva York para publicar alternativamente una novela mía nueva y otra de las que primero escribí, traducidas al inglés. Ahora le ha tocado el turno a *Flor de mayo*, que yo escribí el año 96 o el 97, cuando yo tenía veintitrés o veinticuatro, y de esa novela mía se han ocupado los críticos más notables. Al leer sus artículos he sentido una gran emoción al ver entre aquellos párrafos en inglés palabras como estas: «Cabañal, Cañamelar, la tía Picores, la pescadora de Valencia». ¡Con qué satisfacción veía yo que mis palabras servían para que conociesen en todo el mundo los tipos populares de Valencia!

Yo continuaré esta labor, porque soy muy español, pero mis amores van más allá del Mediterráneo, hacia todos los hombres.

Quiero a Valencia, quiero su esplendor; no importa que yo sea un hombre de progreso para ser un entusiasta de las glorias de Valencia, que alcanzará todas las grandezas a que tiene derecho porque es un pueblo de artistas, porque los valencianos rinden culto a la belleza desde sus primeros años y sienten tan fuerte predisposición por el arte como amor por la libertad y el progreso.

No soy un espíritu retrógrado que se opone al progreso y quiere conservar para siempre la barraca como vivienda para los valencianos, que deben vivir en casas cómodas, con

cuarto de baño; pero el progreso no es una razón para olvidar el pasado glorioso de Valencia, y de nosotros no debe desaparecer el recuerdo de esta vivienda que representa una nota de arte de Valencia.

Soy un hombre de porvenir, pero no quiero que se pierda la barraca.

Valencia es un pueblo de artistas; las labradoras vestían sedas y brocados y no se contentaban en beber en barro grosero y lo enriquecían con el barniz de la mayólica de nuestra cerámica artística.

Sigamos nuestro camino de progreso y libertad, pero seamos respetuosos con el pasado artístico de nuestra tierra.

Valencia no acabará mañana ante el mundo, porque cuando desaparezcamos Sorolla, Benlliure y yo que hemos llevado nuestro arte por todo el mundo, surgirá una generación de artistas más ilustres que nosotros.

Y para terminar, voy a dirigir un ruego a todos los amigos que estáis aquí. Voy a emprender un largo viaje. ¿Si muriera en alguna parte, me traeríais aquí?

Quiero descansar en el más modesto cementerio valenciano, junto al «mare nostrum» que llenó de ideal mi espíritu; quiero que mi cuerpo se confunda con esta tierra de Valencia que es el amor de todos mis amores.